A pesar de pequeños defectos, como la ausencia de mapas o figuras explicativas, que sin duda hubiesen contribuido a enriquecer y comprender mejor aún el contenido del texto, o de la existencia de temas tratados con menos profundidad que otros (como el caso del cristianismo en el marco de la religiosidad romana por ejemplo), la presente obra nos ofrece en su conjunto una cohesión y coherencia claras, derivadas del análisis de la economía, la sociedad y la cultura como hitos vertebradores y explicativos de la historia romana de los siglos correspondientes al Alto Imperio.

Narciso Santos Yanguas

J. L. NAVEIRO LOPEZ, *El comercio antiguo en el N. W. Peninsular*, Monografías urxentes do Museu, Museo arqueológico, A Coruña 1991, 276 pp. + 38 figs. y 25 mapas

Tomando como punto de referencia el registro arqueológico se trata de llevar a cabo en este trabajo, que constituyó la base de la Tesis Doctoral del autor, una panorámica acerca de lo que nos ofrece la arqueología de Galicia y del Norte de Portugal con respecto al problema representado por los intercambios comerciales a lo largo de la época antigua (fundamentalmente el Alto Imperio con los antecedentes castreños prerromanos correspondientes); la perspectiva bajo la que se abordan tales cuestiones se limita al campo estrictamente arqueológico y, como el mismo autor asegura en el prólogo (p. 13), deja de lado los métodos, fuentes e interpretación propios de la historia antigua (lógicamente también la arqueología forma parte de ellos).

En la Introducción (pp. 15-21) se parte del hecho de que todo proceso cultural y de desarrollo histórico de una población se vincula con los intercambios de bienes; pero no será el comercio la única forma de circulación de productos, sino que existe otro conjunto de sistemas de intercambios: los análisis meramente tipológicos han cedido su lugar a una mayor disponibilidad de medios técnicos y, como consecuencia de ello, a una inclinación cada vez más acentuada hacia la cuantificación.

El autor va a tratar de aunar, por consiguiente, dos elementos individualizados, representados respectivamente por la caracterización de los yacimientos (aproximadamente unos 180) y la valoración de los materiales, teniendo en cuenta en especial la virtual información económica que encierran, sobre todo las cerámicas de cualquier tipo (todo ello en un marco geo-

gráfico excelentemente explicado en el mapa 2 y observando las diferentes facetas del comercio, las mercancías, rutas, centros y modalidades de intercambio).

Los productos de importación son analizados en el capítulo primero (pp. 23-73), destacando las piezas de vajillas finas, importadas desde el siglo VI al III a.n.e.; entre estos productos de época prerromana se hallan las cerámicas finas áticas y greco-itálicas (de figuras rojas, de barniz negro y precampanienses). Las cerámicas campanienses limitan su aparición a la franja litoral con una débil penetración hacia el interior; por su parte la terra sigillata italica se concentra básicamente en las Rías Bajas al tiempo que la gallica ofrece una penetración mayor hacia el interior, mientras que la hispanica se encuentra distribuida por todo el territorio ofreciendo ejemplares de piezas con decoración a molde.

En el subgrupo de las sigillatas claras se incluyen las de época tardía provenientes del Mediterráneo (norteafricanas y orientales), conectadas con el comercio marítimo a larga distancia; esta producción de cerámica se diversifica en los siglos posteriores con la aparición de la terra sigillata hispanica tardía y la paleocristiana. Por su parte, las lucernas cuentan con escasos ejemplares en el arco nordoccidental hispano, sin duda como consecuencia de la escasez de aceite para su funcionamiento (sobresalen las de volutas, disco, canal y otras piezas, con decoración figurativa y doble palma).

Un capítulo aparte viene representado por los vidrios, con una escasez relativa de piezas y un estado fragmentario, lo que impide una correcta tipología y un análisis adecuado de sus conexiones; destacan piezas polícromas (cuencos de vidrio-mosaico) y otras más comunes, identificadas con formas de uso doméstico o funerario (cuentas de costillas, formas abiertas altoimperiales, botellas cuadrangulares, ungüentarios...), acompañadas en ocasiones de decoración tallada y con apliques.

Por lo que respecta a las ánforas vinarias, las de tradición greco-itálica se fechan entre los años finales del siglo II a.n.e. y los comedios del I d.n.e., sobresaliendo las ánforas itálicas, la producción masiva de ánforas hispánicas que da comienzo con Augusto y las procedentes del Mediterráneo oriental. Finalmente las importaciones de salazones y aceite se llevarían a efecto en ánforas prerromanas y altoimperiales (en cuyo caso descuella la Haltern 70, forma confundida muy a menudo en el N. O. con la I de Beltrán), así como otras tardías, en especial las lusitanas y cilíndricas africanas.

Además, importaciones de tipo suntuario, como piezas de orfebrería, escultura, musivaria, glíptica (gemas, coralina, ambar...) demuestran una

circulación restringida (igualmente se encuentran en este grupo las cuentas de collar).

El capítulo 2 está dedicado a la producción local, y en relación con ella a las características que encierra la exportación y el comercio exterior (pp. 75-113): las reservas metalíferas (estaño y oro) configuran la base del comercio con el Sur; en este sentido los excelentes comerciales con el exterior estarían constituidos por materias primas.

La mayor parte de los recursos alimenticios se obtendrían de la producción agropecuaria, de manera que las villae tardías del interior constituyen un buen exponente de esa acumulación de riquezas; en este mismo contexto se enmarcan ciertas manufacturas del sector primario (textiles, pielescuero...).

Metalurgia y alfarería manifiestan una concentración y especialización de la producción, lo que supone la presencia de redes de comercialización-distribución; existirían talleres itinerantes (en relación con la construcción, cantería y mosaicos) y nuevas industrias artesanales (salazones sobre todo, con el problema añadido del origen de la sal). En cuanto a los restos materiales los yacimientos documentan la presencia de escorias de bronce y de hierro, así como de crisoles y moldes, estos últimos fabricados en piedra y cerámica; también los depósitos de metales y las herramientas son indicios de esta metalurgia.

El material arqueológico más abundante y característico viene representado por la cerámica (y por ende la industria alfarera), aunque en los recintos castreños la presencia de hornos no se documenta con profusión; sin embargo, durante el siglo I d.n.e. talleres de mayores proporciones satisfarían una demanda comarcal o local (Braga y Lugo como centros más característicos). Marcas pre-cocción, dolia y pondera parecen precisar formas de cerámica común romans ajenas al artesanado local (los hornos rurales se vincularían con las villae rústicas); la llamada cerámica bracarense y la pintada regional ocupan un lugar aparte: dentro de esta última la cerámica fina es más escasa, mientras que la común incluye producciones altoimperiales y otras tardías.

Contamos con una serie de construcciones conectadas a la transformación de alimentos (piletas para salazones y lagares para vino y aceite); la industria de salazón se extiende desde el Mediodía peninsular por la costa atlántica en época romana, a pesar de que los hallazgos de posibles tanques de salazón plantean problemas de interpretación (no todos ellos se corresponden con industrias salazoneras). Los lagares ofrecen unos interrogantes

similares, correspondiendo posiblemente a tiempos romanos la introducción de los cultivos de la vid y el olivo, aunque resulta imposible concretar su producción (bases de prensa, pilas de decantación... se ponen en conexión con el proceso de obtención de vino y aceite).

Finalmente los testimonios de la industria (artesanía) textil, a pesar de su poca variedad, demuestran por su abundancia el peso de tales actividades: las fusayolas se relacionan con el hilado y cuentan con una distribución generalizada por todo el territorio (presencia masiva en los castros y más escasas en los asentamientos típicamente romanos), al tiempo que las labores textiles se deducen de las piezas de telar (pondera), tanto líticas como de cerámica (por su parte las agujas de bronce encontradas en muchos poblados castreños documentan el cosido como fase final del proceso textil). Otros elementos en conexión con esta actividad artesanal (placas de esquisto, algunos instrumentos férricos...) revelan la existencia de abundantes unidades de producción, aunque de reducido tamaño.

Por su parte el capítulo tercero define las vías de intercambio tanto en época prerromana como romana (pp. 115-147): aunque las rutas comerciales anterromanas se pueden precisar con bastante aproximación, no se concretan las redes locales de redistribución; la distribución de los materiales de importación deja traslucir un predominio del transporte marítimo, lo que en modo alguno excluiría la utilización, en menor medida, de caminos terrestres.

En tiempos romanos la navegación de altura alcanzaría cierta regularidad en el Atlántico, favoreciendo este hecho la existencia de una infraestructura portuaria (tráfico marítimo muy intenso durante la centuria posterior a la conquista). El flujo comercial por vía terrestre procedería en principio del Sur (eje Lisboa-Coimbra-Braga-Lugo), pero la actividad administrativa y los productos locales vitalizarían la vía que desde el valle del Ebro llegaba a Astorga (manufacturas peninsulares y flujo monetal).

Las rutas marítimas (transporte naval) serían utilizadas preferentemente en las actividades comerciales por motivos económicos, sociales y técnicos; los condicionamientos geográficos básicos serían los vientos-corrientes marinas y la morfología costera. Con respecto a las técnicas de navegación sólo contamos con referencias indirectas (representaciones figurativas...), a pesar de que los textos clásicos muestran un conocimiento más preciso de la costa que del interior, destacando sobre todo la desembocadura de los ríos (Duero, Limia y Miño), las Rías Bajas, Finisterre y la ría múltiple Coruña-Betanzos-Ares-Ferrol.

Los sistemas de navegación tendrían presentes los recorridos diurnos o diarios de acuerdo con la velocidad de las embarcaciones y la distribución de los puertos de apoyo (también las comunicaciones de éstos con el interior); en primer lugar destaca el pequeño cabotaje, de ámbito local; el gran cabotaje trataría de alcanzar, en el menor tiempo posible, un centro distante, mientras que la navegación de altura, con embarcaciones de mayor porte y calado, implicaba una orientación casi perfecta para poder mantener el rumbo durante la noche.

En cuanto a las travesías a larga distancia la documentación arqueológica confirma la existencia de unas líneas de intercambio por toda la fachada atlántica, desde el Estrecho de Gibraltar a las Islas Británicas (el Atlántico como prolongación periférica del Mare Nostrum); sin embargo, desde el punto de vista local adquiriría cada vez más importancia una navegación de ámbito reducido, cuyos orígenes remontan al menos a la edad del Bronce final: comunicarían los abundantes recintos castreños del litoral, produciéndose un auge poblacional, sobre todo en tiempos romanos.

Por su parte las vías fluviales jugarían un papel significativo como medios de comunicación y transporte, especialmente cuando no existían caminos terrestres adecuados; tras la conquista romana (y al menos hasta medidados del siglo I d.n.e.) se mantendría el tráfico fluvial, llegando incluso a aumentar de acuerdo con los hallazgos de ánforas y terra sigillata italica. Además, los nuevos centros fluviales se ubican en los lugares en que las vías terrestres cruzan los ríos correspondientes (Ponte de Limia, Tui, Orense, Pontecesures, Padrón...).

Tanto la documentación textual como la epigráfica permiten la reconstrucción del trazado de los principales caminos terrestres, teniendo que distinguir entre los granes trayectos/ejes de acceso (Vía de la Plata/Emerita-Asturica; Asturica-Bracara; Asturica-Caesaraugusta...) y las vías interiores (Olissipo-Bracara; Bracara-Viseu; Bracara-Vila Real; Bracara-Asturica (por A. Flaviae); Chaves-Xinzo de Limia; Bracara-Asturica (por A. Querquernnis); Lovios-Lucus; Chantada-Monforte de Lemos; Bracara-Asturica (por Lucus); A. Celenis-Lucus (per loca maritima); Luco Augusti-Luco Asturum; y costa cantábrica).

Por lo que respecta al problema representado por los centros de intercambio, abordado en el capítulo 4 (pp. 149-160), hay que diferenciar entre los centros-castros costeros, algunos de ellos simples puertos de apoyo y otros verdaderos puertos de comercio, y los poblados castreños de emplazamiento interior aunque próximos a la costa, en parte utilizados como cen-

tros de almacenamiento y redistribución (la presencia de instalaciones portuarias define el carácter de dichas actividades).

En contraste, en las regiones interiores la dispersión del poblamiento, unido a una distribución homogénea de los recursos y a la ausencia de grandes ejes de comunicación retardarían la configuración de centros de intercambio hasta un periodo avanzado; es entonces cuando cobran fuerza los *oppida* bracaraugustanos, los nuevos centros urbanos implantados por los romanos y los *fora* como centros de intercambio dentro del territorio de los *populi*.

La realización de estos intercambios en sí variaría radicalmente con la presencia romana a partir de una economía de subsistencia que no dejaba margen para los intercambios de mercado; de esta manera comerciantes y grupos de consumo se convierten en los elementos condicionadores de la clase de relaciones comerciales establecidas (pp. 161-174). Toda esta infraestructura comercial (centros, vías, medios de transporte...) requeriría la presencia de un sistema de medición y, por tanto, de valores de cambio, que harían evolucionar los intercambios hacia modelos mercantiles: la moneda se introduce con la conquista romana, y a partir de entonces se inicia una circulación monetaria que bascula en torno a los centros urbanos, las cabeceras de la administración y los enclaves militares (además las necesidades fiscales y comerciales impondrían patrones generalizados de pesas y medidas en todo el Imperio).

Como conclusión (pp. 175-176) podemos concretar unos periodos definidos en el marco de tales actividades comerciales: el de los contactos mediterráneos (siglo IV-mediados/finales siglo II a.n.e.); el de los contactos romanos (fines siglo II-mediados siglo I a.n.e.); la fase de conquista y ocupación romana (mediados siglo I a.n.e.-mediados siglo I d.n.e.); la etapa de asimilación y transformaciones (mediados siglo I-mediados siglo III d.n.e.); y la época de consolidación y desarrollo interno (mediados siglo III-siglo IV d.n.e.).

Los dos anexos (pp. 177-189), dedicados respectivamente a las marcas de alfarero en sus distintas manifestaciones (terra sigillata italica, terra sigillata gallica, terra sigillata hispánica, lucernas, ánforas y cerámica común), consignando el alfar, la marca, el taller, la forma, el yacimiento y la bibliografía de cada una, y a los miliarios (lugar, vía, millas, emperador y bibliografía) de los conventus bracarense y lucense completan este trabajo, al que se añade una selección bibliográfica (pp. 191-223) bastante bien adecuada hasta el momento en que el autor reconoce (año 1988) que acabó de reunir el estado del registro arqueológico.

Por su parte los mapas (pp. 226-273) constituyen un elemento fundamental (con aplicación a lo largo de los diferentes apartados del trabajo) para poder comprender toda la problemática planteada (y resuelta de acuerdo con los conocimientos actuales) en torno a la producción económica y la comercialización antiguas en el territorio septentrional hispano, en concreto en el territorio galaico y el correspondiente al Norte de Portugal, ocupados respectivamente por las poblaciones de los lucenses y los bracarenses.

En este sentido, y sin desmerecer para nada el planteamiento, la estructura global y los logros del presente trabajo, tal vez podría haberse tenido más en cuenta al ejército romano como factor determinante y que desempeñaría un papel enormemente significativo en los procesos de intercambio, generando en torno a sus establecimientos campamentales un amplio flujo de corrientes comerciales y de todo tipo, que él mismo se encargaría de proteger y controlar (ver, entre otros, N. SANTOS, *Galicia y el ejército romano*, Oviedo, 1988).

De cualquier forma se echa en falta un índice toponímico, que nos permitiría calibrar la importancia de los centros de producción y comercialización en su justa medida. En este mismo sentido, aunque se hace referencia en el texto a algunas de las villae romanas más destacadas, sin embargo no se aborda el estudio completo de las mismas como núcleos importantes de vitalización económica, quizá porque el registro arqueológico correspondiente a ellas no sea en nuestros días tan abundante como el de los castros (a pesar de todo desde el siglo II d.n.e. su significado económico sería relevante, en especial en la rasa litoral y valles de las corrientes fluviales más significativas, donde los circuitos comerciales tendrían igualmente un mayor arraigo en el transcurso de las centurias que se analizan).

Narciso Santos Yanguas